

# Historia

EL P. PIERRE

UN HEROE DE LOS

SIN TECHO

El último invierno ha sido extremadamente duro en Europa. La columna de mercurio descendía alarmante en el termómetro. Menos diez, menos 20... Un viento helado del Polo Norte, aliándose con el ambiente extremadamente húmedo, dió a naciones europeas el aspecto de la helada Siberia. Barcazas, por millares, aprisionadas en las aguas heladas de canales; ríos de rápida corriente, como el Ródano y el Rhin, con sus pulidas superficies trasformadas en carreteras; puertos cerrados con enormes bloques de hielo; y en el Bois de Boulogne patinadores arracimados sobre el extenso lago, ya que el parte oficial de la Prefectura de Policía anuncia que el grosor del hielo ha pasado de los 15 centímetros. Mucho techos de casas y de fábricas en el Sur de Francia se derrumban, impotentes para soportar la carga. Hasta Málaga y Sevilla se vieron sorprendidas por la nieve y muchas fuentes quedaron con sus aguas heladas... de extrañeza. Los floridos naranjales, tan celebrados por la nieve de su azahar se vieron cubiertos por la nieve de las nubes, ni tan bella ni tan perfumada como la nacida del árbol. ¡Qué bello es el invierno, cuando uno está a salvo de sus inmisericordes dentelladas! ¡Qué triste es el invierno cuando contra sus ventiscas, hielos y nevadas, no se cuenta ni con el abrigo del techo, ni con la defensa del vestido ni con el calor del alimento!

La vivienda. Hasta hace poco casi nadie se preocupaba de la vivienda. Se creía un problema, como tantos otros, automáticamente resuelto por vía de contratos particulares. Los Gobiernos

se pusieron al margen de esa actividad y se consideró la de la construcción vivienda una de las fuentes de ingreso más pingüe y saneada. En esta idea radica parte de la catástrofe. Casi en todas las naciones, al Casero, se le ha considerado como a un pulpo, como a un logrero que formaba su fortuna a expensas de extorsiones. Las leyes de inquilinato, en las últimas décadas, iban inclinándose a favor del inquilino y dejaban caer sobre el dueño de la casa nuevas y mayores cargas.

Esta especie de sorda persecución, con la disminución subsiguiente de ingresos, torció la corriente del capital hacia otros campos y originó el práctico abandono del inmueble, reservando para su conservación las ínfimas cantidades necesarias para su habitabilidad. En el fondo tenían razón; era preferible obtener, con anónimas acciones industriales y sin quebraderos de cabeza, dividendos mejores que la renta, con frecuencia enojosa y mutilada, del inmueble. Calladamente, sin que apenas se notara, se fue incubando la catástrofe. Y le dió relieve y notoriedad el viento helado del Polo Norte. Porque sólo así se conoció en su gravedad la amplitud de la tragedia, cuando aparecen por las calles muertos de frío, hombres y mujeres sin vivienda y sobre todo cuando corrió la noticia de la muerte de niños por frío.

El problema en Francia.- La gritería en todas partes fue enorme. Pero lo más interesante fue el estudio que con este motivo se hizo sobre el problema de la vivienda. Problema que nosotros, los ajenos a él, lo consideramos fácil y lo solucionamos de un golpe; pero que en la realidad encierra una enrevesada maraña de aspectos morales, económicos, técnicos... Afortunadamente en la Revue de L'Action Populaire (Marzo 1954) aparece un artículo breve y suculento de un especialista, Mr. G. Houist y de él entresacamos algunas ideas.

La situación de la vivienda en Francia es sumamente grave y el remedio ha sido hasta ahora poco eficiente. Si las palabras hubieran sido bellas piedras labradas, Francia sería ahora nueva como en el tiempo de las blancas Catedrales. Prescindiendo de los estragos de la guerra puede decirse que la construcción de la vivienda en el campo es más de un siglo de vieja y en la ciudad pasa de los 65 años. Sólomente la renovación de todas esas mansiones supone la construcción anual de 125.000 viviendas.

La formación de nuevos hogares y el aumento de la población reclama la construcción de 75.000 casas anuales. Teniendo en cuenta las necesidades actuales, sin pensar en el retraso de reparación que viene desde el año 1913, los cálculos más conservadores imponen la construcción de 200.000 viviendas anuales. Solamente el año 1930 se llegó a esa meta. Antes y después el ritmo de las construcciones estaba muy por debajo de las necesidades, como lo demuestran estas sencillas estadísticas.

Año 1949	51.436 viviendas nuevas
Año 1950	68.050 viviendas nuevas
Año 1951	74.920 viviendas nuevas
Año 1952	81.390 viviendas nuevas
Año 1953	101.045 viviendas nuevas

En este aspecto de la construcción, sólo Alemania parece que colma el coeficiente de sus necesidades.

Año 1951	423.000 viviendas nuevas
Año 1952	437.000 viviendas nuevas
Año 1953	más que el anterior

**El Abate Pierre.**- Sobre ese fondo de nieve y hielo, de miseria y frío, se presenta el Abate Pierre. Ha sido el personaje de más relieve durante el invierno y ha escrito con sus actividades una de las páginas más bellas de caridad, desinterés y humanitarismo que la Historia celosamente guardará. El Abate Pierre comienza por no ser ningún Pierre. Por lo menos en la inscripción del Colegio Jesuíta de Lyon aparece como Henri G. Groués y figura entre los alumnos con madera de jefe. Por lo mismo, no se resigna a caminar, sin más ni más, tras las huellas de otros. En la Meca de la seda, su familia es una de las más potentes de la industria sedera y todos halagan a Pierre, como el afortunado heredero y hombre de seguro porvenir. Otros eran los planes de Dios y otro sería por ellos el rumbo de su vida.

"Mira, le dice un día a su padre, yo quiero ser el más pobre entre los pobres. Mi puesto, por lo tanto, comprenderás, no está aquí, sino en el claustro. Dicho y hecho. No tan fácilmente como dicho, pues la familia no aceptó al principio la proposición, pero terminó por rendirse.

Vano sueño; ni el Claustro pudo retenerlo. Había nacido para volar con más libertad, en cielo más amplio y con emoción de tragedia perenne. La segunda guerra mundial lo sorprende como sacerdote-coadjutor en la Parro-

quia San José de Grenoble. Enfermo de pleuresia va al Sanatorio y allí conoce la montaña y se alista entre los maquis. De nuevo en Grenoble, la casa parroquial se transforma en conciliábulo de patriotas. Allí salva a cuantos puede, y en su despacho, fábrica de falsos documentos, expide pasaportes que para muchos son como certificados de vida. Así salva, entre otros muchos, a Santiago de Gaulle, hermano del General. La carta de Identidad N° 1.000, fue la suya propia. Se llamaba Pierre. Ya tenemos bautizado al Abate Pierre. Con el nuevo nombre sigue viviendo y morirá.

Con el nuevo bautismo inauguró una vida de angustias. Caído prisionero de los alemanes, se escapa. Cogido por los italianos se evade y anda fugitivo entre Lyon y París, en las actividades de resistencia. De pronto aparece con de Gaulle en Argelia y se alista como Capellán en el acorazado Jean Bart.

Terminada la guerra, un telefonazo. Es el Cardenal Suhard.

Pierre, ¿quieres seguir peleando?

Por mi parte, sí, Eminencia.

Pues, a la pelea. Preséntate como Diputado al Parlamento en la lista del M. R. P.

Ya está en el nuevo frente; en la Asamblea Constituyente y luego en la Nacional, representante del Distrito Meurthe y Moselle. Pero de noche y de noche avanzada, deja el Palacio Bourbon para ir a los barrios pobres donde tiene su rancho. De día Diputado; de noche apóstol. Y, en esas noches oscuras, largas y tristes, son muchos los que en el barrio pobre, llaman a su casita. Allí encuentran aliento; a veces alimento y siempre un corazón paternal.

Un enfermo, desesperado le llegó una noche. "Ya no puedo más"

No digas eso, le dice el Padre. No estás solo; ya somos dos. E inmediatamente con inyecciones de optimismo lo reanima y lo alista en la nueva Obra que va a emprender. El será el primer compañero de Emaús; la nueva organización que tratará de aliviar la miseria, viviéndola, sintiéndola primero, y remediándola después.

El pobre rancho del abate siente inquietudes de crecimiento. Los vientos que soplan en su interior la obligan a hincharse y cuenta ya con su dormitorio, comedor y en su interior hormiguea la gente esperando que el desarrollo progresivo haga su estancia más agradable. En estas faenas le sorprende el viento helado del Polo cuando

convierte a Francia en una inmensa sabana de Siberia.

**Manos a la Obra.**- En la REVUE DE L'ACTION POUPULAIRE (Marzo 1954) hallamos un artículo que ceñidamente resume la Obra del Padre Pierre y sus compañeros de Emaús. En Neully - P. vive con una veintena de ellos, de las más variadas profesiones; traperos, albañiles, mecánicos... que ponen todo su empeño e ingenio en construir para las innumerables familias que vegetan en la miseria más espantosa.

Se discutía en el Parlamento una proposición del P. Pierre. Ante la marea de miseria había pedido que de los 90 billones de francos destinados a la construcción de viviendas se destinara un billón a las CIUDADES DE URGENCIA. La proposición fue derrotada. Pero esa misma noche en que su proposición había sido denegada, llama a las puertas de su rancho un padre angustiado. Acababa de morirle un niño de cortos días, de puro frío. La impresión ahuyentó el sueño de los ojos del Padre y en el insomnio nocturno no se le ocurrió nada mejor que invitar al Ministro de la Reconstrucción al entierro del niño muerto de frío. La invitación fue aceptada. Durante dos kilómetros, sombrero en mano, el Ministro Lemaire avanza por el fango, tras el pequeño ataúd. Revienta el escándalo en todos los tonos y la Asamblea le concede al P. Pierre lo que antes le había negado. Se admite la idea de las ciudades de urgencia; se vota un crédito; el 6 de febrero para 51 bloques; el 9 para 300.

Los discípulos de Emaús se mueven como locos; todo lo que pueden lo llevan a casa para repartir ropa y bebidas calientes a tanto muerto de frío. Para algo les ha servido la habilidad de un mecánico que ha remozado y puesto en movimiento las piezas reumáticas de un camión viejo. Pero, al caer de la tarde, aquellos infelices a quienes se había dado una inyección de vida quedan indefensos y expuestos al asalto de la noche helada. Y el P. Pierre sabía lo que eso significaba. Lo vió con sus ojos en el Boulevard Sebastopol, frente al cadáver, rígido por el hielo, de una pobre mujer que estrechaba sobre su pecho la única pieza de identidad; la expulsión de una fábrica en que trabajaba.

No bastaba la ropa, ni el alimento. Urgía también la vivienda. A raíz de decir su Misa el 1º de Febrero relampagueó en su mente una idea. En la Colina Santa Genoveva había terrenos destinados para vivienda en un futuro.

Allí levantó una carpa; prendió unas arregladas estufas y al día siguiente, con una rapidez milagrosa, pudieron albergarse 90 personas. Entre tanto llamadas por radio, prensa, piden auxilio y comienzan a llover abrigos, cobijas, cobertores, sábanas, alimentos, cheques...

Se organiza una gran Asamblea en el Salón GAUMONT. Va a hablar el P. Pierre. La sala, antes de la hora, está colmada. Pobres y ricos, católicos, judíos y protestantes, todos esperan con ansia nuevas de la terrible batalla que se libra contra el frío matador. Más de 6.000 personas aplauden al P. Pierre cuando sube al escenario, con su bastón de montaña, su abrigo negro y flácida barba. En sus palabras no hay huera retórica ni alardes de saber. Va como la flecha, al blanco. Sus palabras son claras, precisas, cortantes. "La situación es seria, pero con el esfuerzo unido se puede conjurar. Francia es culpable de esta situación. Todos con nuestra negligencia la hemos creado. Hay que salvarla con una revolución; la revolución de la bondad. Necesito de todo; necesito de todos. Sean generosos. Salvemos a nuestros hermanos".

La gente le cree, porque el Abate Pierre ha estado hablando por años con su vida. Saben que es un abnegado, un desprendido que no busca sino el bien del pobre desinteresadamente. Es símbolo viviente de la caridad en acción. Su vida convincente y ante la realidad y justeza de sus apreciaciones todos colaboran generosamente; el rico y el pobre. Como ese chofer que al pagarle un cliente una carrera le ruega que el importe se lo entregue al P. Pierre; como ese 1.600.000 francos recogidos esa noche; como ese obrero que ofrece su trabajo gratis los sábados por la tarde; como los 120 millones de francos recogidos en una semana y además

20.000	cobijas
10.000	pantalones
8.000	sobretodos
7.000	pares de zapatos
2.000	camisas.

Y señores y jóvenes, señoras y señoritas se ofrecen a ordenar por categorías, distribuir rápidamente, porque el Polo Norte sigue con sus embestidas heladas. En el Parque de las Exposiciones se recibe todo lo relacionado con la vestimenta. En la Estación d'Orsay todo lo concerniente al dormitorio y alimentación.

**Objetivos 1º) Para el momento.**- Algunos son de inmediata ejecución. Así se abren 60 Refugios de Convivencia

Fraternal, en las estaciones del Metro que no están en uso; en los salones de las parroquias y alcaldías; en garajes...

2º) Para el porvenir.- Las Ciudades de Urgencia tienen una doble finalidad: salir de la catástrofe nacional de los sin techo y dar trabajo al obrero calificado y al parado. No se trata de construir casas de lujo, pero sí algo sólido y definitivo. Y prevaleció la idea del P. Pierre que defendía la ventaja de comenzar simultáneamente la construcción de 100.000 viviendas, pues era preferible alojar a 100.000 familias de suerte que cada año se les añadiera una parte del plano y al cuarto año quedase la vivienda terminada, a entregar cada año 25.000 viviendas completas dejando en espera a las 75.000 familias restantes.

3º) Una vez pasado el momento o período de emergencia para ingresar en el normal, entonces las actividades serían para

a) Buscar trabajo por medio de oficinas de colocación.

b) Levantar talleres comunes donde trabajarían en diversas secciones con los Compañeros de Emaús.

c) Empezar el acomodo de muchas construcciones en mal estado, obra que podrían llevar los Compañeros de Emaús con ciertas ventajas.

**Reacciones.-** En la humanidad, como en botica, hay de todo. La inmensa mayoría ha aplaudido con entusiasmo la Obra del P. Pierre, su bravura y audacia y tenemos buen argumento de ello en la generosa colaboración de casi todos. Claro está que ni el Polo Norte seguirá soplando ni el invierno será perpetuo y con la tibieza primaveral se ha esfumado la gravedad invernal. Pero en el fondo ha quedado algo permanente, porque se ha despertado la conciencia de un gravísimo problema nacional; ha sido un hecho la unión y palpable el resultado del esfuerzo y porque el P. Pierre con sus Compañeros de Emaús, sin pretender resolver el problema total (esto sería inconcebible, puede organizar campañas locales regionales para atender práctica y eficazmente a esa grave necesidad en sucesivas etapas.

No han faltado, como era de suponer, críticas y criticones. En la psicología humana hay quienes, en gráfica expresión de un autor, llevan montadas gafas negras y todo lo ven tétrico y oscuro. Son los pesimistas. No contribuyen ellos porque se hallan inhibidos ni dejan colaborar a los demás porque los desalientan. "Ni lavan ni prestan

la batea". Con algunos de estos tropezó el P. Pierre. Afortunadamente con su conducta les dió una buena lección. A ese grupo se suman otros a quienes generalmente los calificamos de inteligentes porque tan pronto como se presenta un problema comienzan a ponderar sus dificultades. Tarea fácil. El ver las dificultades, dice con razón el P. Ayala, por sí no supone inteligencia. Son a veces tan manifiestas y de bulto que hasta el más necio cae en la cuenta de ellas. En una carrera de obstáculos es fácil verlos; la inteligencia está en saber salvarlos. Y es lo que ha hecho el P. Pierre.

Y en ese coro de plañideros Jeremías forman también los que siempre buscan lo mejor, lo perfecto, lo total. O todo o nada. Soluciones de emergencia no son soluciones. Es increíble que haya hombres que sinceramente así discurren. Los bomberos en un incendio dan una solución de emergencia y nadie califica su labor de estéril. Es preciosa y así lo reconocen todas las naciones.

La amputación en una gangrena es solución de emergencia y nadie la cree inútil. Así se salva la vida. Sin duda para estos criticones es preferible que el incendio devore toda la ciudad o que el pobre engangrenado muera. Una ciudad en cenizas y un hombre en el cementerio les parece la solución ideal. El P. Pierre dió una solución parcial pero que ha salvado una situación que pudiera haber sido catastrófica. Aunque queden todavía muchos con hambre y sin techo. Pero son menos y en el momento de mayor apuro, salvó la situación.

Antes de cerrar este artículo querría insinuar la idea de que la conducta del P. Pierre no es algo raro y esporádico. Es un eslabón en la larga cadena de la caridad que siembra el bien entre la humanidad necesitada. Bastaría recordar en la misma Francia, a aquel otro sacerdote Claudio Bernard, del siglo XVII, hijo de distinguida familia que, repartiendo entre los pobres su cuantiosa herencia, tuvo como ideal de su vida acompañar cordialmente al pobre, al enfermo, al presidario. Bien lo conocieron sus compatriotas que cariñosamente le dieron el título de "pauvre pretre" el sacerdote pobre.

El P. Pierre desciende en su obra caritativa de un frondoso árbol genealógico, como que es un brote de la Iglesia Católica.

VICTOR IRIARTE, S. J.